



Seix Barral Biblioteca Breve

Elena Poniatowska
El amante polaco

LIBRO 2

© 2021, Elena Poniatowska

Diseño de portada: Planeta Arte y Diseño
Pintura de portada: Marcello Bacciarelli - Stanislaw Poniatowski en trajes de coronación (detalle). Alamy by Latinstock
Fotografía de la autora: © Áurea H. Alanís

Todas las imágenes del interior de esta obra fueron tomadas de Wikimedia Commons (<https://commons.wikimedia.org>)

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: noviembre de 2021
ISBN Obra completa: 978-607-07-6387-8
ISBN Volumen 2: 978-607-07-8047-9

Primera edición impresa en México: noviembre de 2021
ISBN Obra completa: 978-607-07-6383-0
ISBN Volumen 2: 978-607-07-8046-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Capítulo 25

Primeros años de reinado

¿Es este mi reino?

En las salas vacías del Palacio Łazienki, el frío congela los huesos. Aunque la primera noche todavía es de éxtasis, el amanecer devuelve al rey a la realidad. Su recorrido por los aposentos es una constatación de desastres. Cada vez que abre una puerta descubre una ruina. Las ventanas cierran mal, los chiflones atraviesan las habitaciones desiertas y varios gatos hicieron el amor en el único canapé. Los sirvientes no se bañan ni sonríen. «Con razón August III escogió vivir en Dresde», se dice el nuevo rey. Nada lo desanima. «Voy a resolver todo», se repite ante una y otra catástrofe.

—¿Cuántos sirvientes son? —pregunta a su intendente.

—Ciento cuarenta y cinco, entre hombres y mujeres.

—¿Tantos? ¿Todos pasaron aquí la noche?

—Sí, en el piso, unos encima de otros.

—Al menos a mí me tocó una *chaise-longue* —bromea el rey.

A diferencia de sus predecesores, Stanisław solo cuenta con mil doscientos soldados de la Guardia Real y una pensión de la emperatriz, quien se muestra muy tacaña; en la cocina del palacio, solo podrá comer si un tabernero le envía una charola dos veces al día.

Stanisław tiene que levantar su reino desde cero, como una recién casada que echa a andar su hogar, escoba y plumero en mano.

Al ver que su castillo carece de muebles, el rey propone: «Vamos a hacerlos nosotros».

—¿Piensas volverte carpintero? —pregunta irónico su primo Adam, al descubrir un taller de ebanistería en un ala del palacio.

—Tenemos que *saber hacer* —responde el rey—. Si todos los polacos sabemos hacer, enfrentaremos cualquier desgracia.

—¿*Hacer* qué? —ironiza de nuevo Adam.

—Todo, desde cultivar la tierra hasta encuadernar libros, desde levantar un puente hasta cocinar una buena sopa, desde amasar pan hasta repartirlo. Un pueblo entero se salva si sabe hacer. Mira a los franceses con sus pensadores, sus perfumeros, viticultores, queseros, sastres y sombrereros.

»Saber hacer —insiste Poniatowski— es la salvación de todo, eso lo predicán los Enciclopedistas. ¿No son ellos quienes rigen al mundo? Ahí está también Prusia con sus músicos y sus filósofos. Tenemos que dignificar oficios, recordar a nuestros héroes, ensalzar nuestras batallas, proteger nuestro tesoro, lograr que los polacos se sientan orgullosos de sí mismos».

El esfuerzo educador de Stanisław abarca los oficios que se transmiten de padre a hijo.

Los miembros de la *szlachta*, los poderosos de Polonia, sonríen despectivos ante el afán del rey por *hacer patria*; para ellos, el trabajo manual es cosa de los de abajo. Solo las órdenes religiosas y la disciplina militar son dignas de reconocimiento; bendecir y hacer la guerra lo justifica todo. «¡Esas sí son artes de vida!».

—Nunca voy a sentar a un cochero en mi mesa —advierte su prima Elżbieta— porque tanto él como yo pasaríamos un mal rato.

—Tal vez te enamorarías de él.

—Stasiu, ¿estás loco?

—En las aulas, además de conversar entre sí, los alumnos descubren que pueden quererse. ¿No es la hermandad de los opuestos la esencia de la enseñanza?

—¿Estás seguro de que vas por buen camino? —se inquieta Adam, que interviene de pronto.

—No conozco otro, amable primo. Lo primero que me sale del corazón es acercarme a la gente que nace y muere en Polonia.

Adam, dispuesto a dar la media vuelta, se detiene. Algo en la voz de su primo lo conmueve. La corte se burla del nuevo rey que ofrece su mano a cada súbdito. Su mansedumbre confunde a la *szlachta*, y a Staś le sorprende que hasta sus familiares lo aborden con ojos bajos y que varios recién conocidos aseguren haberle sido presentados, circunstancia de la cual se culpa no recordar. «Es por mi miopía», se excusa, «soy mal fisionomista».

Quienes más lo desconciertan son las mujeres. Se disputan el favor de besar su mano y guardan silencio

si él toma la palabra. «No voy a ser el único que hable», ríe el rey, incrédulo.

Nunca ha sido tan digno de ser escuchado.

Los polacos buscan una figura paterna en ese nuevo rey que a su vez se pregunta cómo afianzar su propia autoridad.

«Nada vas a hacer sin el permiso de Catalina», confirma su adorada prima Elżbieta.

A medida que abre puertas, sus súbditos se inclinan a su paso. A pesar de haberse acostumbrado al vasallaje en San Petersburgo, a Staś lo mortifican caravanas, lisonjas y obsequios. Algunos elogios lindan con el servilismo y otros son simplemente lacayunos. No le sorprendería oír letanías como las que se recitan ante el altar: «Torre de marfil, Arca de la alianza, Casa de oro, Estrella de la mañana...».

«El nuevo rey odia la guerra», el rumor se extiende en Varsovia como una acusación.

En Europa, no hay honra mayor que ser soldado; soldado que se distingue en la batalla, soldado de entregar la vida por los demás, soldado de morir por la patria.

Poniatowski es ahora Stanisław August II, rey de Polonia, gran duque de Lituania, y su carácter lo hace incapaz de prever malas intenciones. Nombra al regordete Jacek Ogrodzki su canciller y reúne a un séquito de niños de ocho a doce años: «¿Les gustaría ser mis pajes?». Mientras tanto, corretean en el pasillo y sus risas lo alegran. Un niño que sonrío tiene mucho de pájaro. ¿Cómo darles de comer y vestir a esas golondrinas que aún no saben que Polonia es su nido?

Nunca cesa el movimiento en el palacio y los quejosos esperan con caras largas a que el rey les conceda

audiencia. «¿Es este el palacio de un monarca o es una corte de los milagros?», se pregunta Stanisław al ver muletas y rostros descompuestos en los pasillos y en el quicio de la puerta.

¿Por qué a un rey se le acercan todos los olvidados de la tierra, todos los que creen en los milagros, todos los parásitos de este planeta?

¿Y Catalina?

Imposible darse cuenta de que la emperatriz ya no lo ama, imposible aceptar que su castillo de Wawel no alcance la grandeza de Versalles o de Buckingham; el rey todo lo va a resolver, se reunirá con su bienamada, dialogará con pensadores europeos, consultará a Rousseau, a D'Alembert, y para recibirlos en Varsovia, creará una atmósfera de cultura y de dignidad.

Lo primero que anuncia Stanisław en su audiencia vespertina es: «Voy a abolir al *Liberum Veto*. Es perverso para cualquier nación, en cualquier circunstancia».

Los presentes se miran entre sí, pero Stanisław no capta su descontento.

El rey recurre a los conocimientos de sus pares porque, así como se lo enseñó Konstancja, la educación es la base del progreso. No importa que los maestros desconfíen, sean sus rivales políticos o profesen una religión distinta, el rey los convoca. Los jerarcas de la Iglesia se inquietan. Urge formar al último niño de la escuela más distante de Polonia. Si un budista quiere enseñar, que se le abran las puertas; serán bienvenidos todos los credos. Polonia tiene la fuerza de elevarse y llegar a la altura de Francia.

El primer acto de gobierno de Stanisław es formar una élite de profesionistas: «Necesitamos que ninguna

población quede aislada. Busquemos ingenieros para unir nuestros ríos y crear nuevos canales. Es urgente darnos prisa, arrancar desde el primer mes de gobierno, todo tenemos que hacerlo hoy». El rey hace suya la máxima de Rousseau: «*Ubi bene, ibi patria*». La patria es el sitio donde los polacos se sienten bien. Ante todo, la nobleza tiene que defender a su familia, a sus herederos, a toda esta juventud capaz de domar al caballo más bronco, jinetes que derrotan a sus competidores y son los futuros adalides de Polonia. También tiene que atender las peticiones de los menos afortunados, de quienes trabajan bajo sus órdenes, porque sin ellos, imposible conservar su riqueza. Finalmente, ¿de quién depende su bienestar si no es de la cantidad de hombres y mujeres que acuden a su llamado, preparan sus vestuarios, se levantan al alba a ordeñar sus vacas?

«Son los deportes, la gimnasia, las caminatas, la equitación los que fortalecerán el espíritu», se regocija el obispo Michał Poniatowski, el que más disfruta de la entronización de su hermano.

Stanisław promueve el respeto a los ejercicios corporales, la joven nobleza se distingue por su audacia, su fervor por destacar en la Haute École, que solo admite a jinetes excepcionales. Los polacos son valientes por naturaleza. Se lanzan al primer desafío. En 1765, el rey funda la Escuela de Caballería, una nueva academia militar Szkoła Rycerska, superior a la existente. «Adam, tú vas a dirigirla, además de tu inteligencia, sabes por experiencia que los jinetes polacos son los mejores del mundo».

El *Emile* de Rousseau está al alcance de su mano sobre la mesa de noche, y el rey lee a pesar de que se le

cierran los ojos, y si no termina un capítulo, lo retoma al amanecer.

La majestuosidad también implica un esfuerzo interminable, y vestirse con la ayuda de sastres y peleteros significa permanecer de pie horas enteras prendido con alfileres que a veces lo pican como un diminuto presagio.

«Polonia será tan ilustre como Inglaterra cuando los campesinos sepan leer y escribir», se entusiasma Adam Czartoryski, «visitar nuestra patria será un regalo para los viajeros y no la pesadilla que consignan cronistas ingleses y franceses que retratan una tierra yerma, llena de lodo, insalubre, ignorante, repleta de muertos de hambre e incapaces de responder a pregunta alguna».

Para cambiar esa terrible imagen, Poniatowski llama a Ignacy Potocki, cuyas críticas en contra suya rayaron en lo intolerable. «Aquí termina nuestra rivalidad; he escogido al mejor hombre en cada rama del saber para que juntos forjemos una cultura superior».

Su hermano, el eclesiástico Michał, da un viraje de ciento ochenta grados al ser nombrado presidente de la Comisión de Educación Nacional. Antepone la ciencia a sus casullas bordadas de hilo de oro y conmina a un grupo de médicos para que encuentren la solución a la insalubridad, las pestes y otras enfermedades contagiosas, la peor de todas, la viruela.

—Es indispensable una muy buena escuela de medicina —declara el nuevo rey—, también nos hace falta una de veterinaria. Necesito a investigadores dispuestos a estudiar el cuerpo humano y el cuerpo animal. También desearía que los sabios se inclinaran sobre

todas las evoluciones de la Tierra, el gran cuerpo que nos protege.

—La Tierra es un fenómeno físico y químico —interviene su prima Elżbieta—, creo que puedes llegar a conocerla por medio de las mujeres que te amamos. Así lo hacen los reyes de Francia, quienes consultan a su amante antes que a su esposa...

El rey insiste en que lo primero son los conocimientos e invierte en la niñez y en la adolescencia.

—¿Las niñas llegarán al mismo grado de escolaridad? —pregunta su hermano Kazimierz.

—Por supuesto —afirma el rey.

—Hermano, vas a lograr que pierdan su vocación de servicio —difiere el inconsciente.

—¿Todo el presupuesto a centros de enseñanza? —protestan Radziwi y Branicki, miembros importantes de la nobleza descontentos con el rey—. El mayor esfuerzo de la nación debería ser para quienes nos alimentan, si los elevamos, los campesinos abandonarán la tierra.

—¿Vamos a salvar a Polonia aceptando las iniciativas del nuevo rey? —intervienen Karpiński, Dąbrowski y Starzeński, los otros tres grandes nobles de la *szlachta* que tampoco ven con buenos ojos estas y otras propuestas de Poniatowski.

A Stanisław le avergüenza enterarse de que la mitad de la nobleza no sabe leer. «¿Cómo es posible? Polonia brilló en el siglo xvi por sus científicos, y el genio de Copérnico deslumbró a Europa con *De las revoluciones de las esferas celestes*.

Para el nuevo rey, la universidad pública es la única liberación posible.

—Si hacemos nuestra propia ciencia, si contamos con pensadores y filósofos, si nos bastamos nosotros mismos, los rusos serán nuestros escuderos. Catalina nunca podrá dominar a una masa ignorante y ebria de tanto abandono.

—¿Te das cuenta de cómo Michał ha canjeado su egoísmo por la salud pública y la enseñanza? —se felicita Elżbieta—. Invierte su dinero en preparar a jóvenes a quienes envía a Francia y a Italia a aprender cómo administrar el tesoro del clero. La emperatriz lo ha citado alguna vez en San Petersburgo y, desde Sanssouci, el emperador Federico II lo mandó llamar. Prefiere hablar con él antes que contigo —presume insidiosa.

A pesar de su inexperiencia, el rey Poniatowski cuenta con los *Pacta conventa*, negociados desde 1576, con los que controla la sexta parte de las tierras y a sus habitantes. Dispone de más recursos económicos y militares que varios súbditos inmensamente ricos.

Como jefe político, ofrece a sus seguidores propiedades, minas y hasta ríos. «Te regalo el cielo y las estrellas». A pesar de que la gran familia Radziwiłł tiene entradas superiores a las de la Corona, la voz de Stanisław prevalece.

La doctrina fisiócrata asegura que la riqueza de una nación proviene del cultivo de la tierra y Poniatowski venera esa ley natural en que la buena voluntad y el derecho de cada quien rige el funcionamiento de la economía. La naturaleza es la fuente de las riquezas de Polonia, la que provee el carbón que hay que sacar de sus entrañas. Los terratenientes demandan todo de sus siervos que siembran, aran, cosechan, plantan árboles, abren caminos, bajan a la mina, mueren sin nada y sus hijos cavan su

tumba. Si falla la cosecha del año, el amo no tiene por qué preocuparse, si la mina se derrumba, la tierra recibe como una madre los cuerpos de quienes se quedaron adentro.

Por orden de Stanisław, ahora rey de la nación cercada por Prusia, Austria y Rusia, Michał, su hermano, trae de Inglaterra y de Escocia los últimos picos y palas. Sigue las enseñanzas de los países que más han prosperado y alivia los males de Polonia. Así como el campo da de comer, el campesino merece una vida mejor.

La fe en la bondad de la tierra crece cada día, aunque algunos maestros aconsejan no seguir teorías de otros países y entregarse totalmente al cultivo de trigo y betabeles. Stanisław admira a Horace Walpole y a David Hume desde que estuvo en Londres y se aficiona a la idea del libre mercado y del comercio exterior. Antes de él, las fronteras de Polonia estaban cerradas para algunos países, él va a abrirlas a toda Europa.

Con sus dos amigos ingleses, el rey sostiene una correspondencia casi quincenal porque Horace Walpole, gran conocedor de pintura, armó una colección notable en su casa de Strawberry Hill y le habla de la novela de terror que le divierte escribir, *The Castle of Otranto*. David Hume, con su inclinación al *day to day*, le da consejos de finanzas porque considera que Polonia es «un país blanco como un cordero pascual obligado a mantenerse vivo entre tres lobos voraces».

El rey glorifica el pasado y escoge a figuras sobresalientes a quienes honrar con un busto en la galería principal del Palacio Łazienki, su palacio.

¿No hay escultores ni pintores en Polonia? ¡No importa! Stanisław va a traerlos de Francia, de Italia.

—Lo hago para que los jóvenes tengan una figura heroica a quien admirar, hombres de la talla de Leonardo da Vinci.

—Coincido contigo, Staś, a las nuevas generaciones tenemos que darles un *museum polonicum*, una academia de ciencias, una de artes —enfatisa su primo Adam.

«Sí, mi querido amigo, mi divisa es buena: paciencia y valor me han conducido a donde estoy, pero le aseguro que ahora las necesito más que nunca», le escribe a su amigo Charles Yorke. «Necesito valor para emprenderlo *TODO* porque *TODO* está por hacerse en mi patria y pido paciencia y hasta resignación [...] porque es imposible hacer grandes cosas en un país debilitado por la licencia y el desorden de dos siglos y conservar la libertad entre vecinos envidiosos y mezquinos. *¡Haec superanda!*».

Horace Walpole cultiva un odio visceral contra la emperatriz; para él Catalina es una asesina que usó a Pedro Ulrico para llegar al poder. La tilda de «gran usurpadora, cocodrilo, furia del hielo y *ursa mayor* del polo norte.

Stanisław, aficionado a la astronomía, monta un observatorio en su palacio. A lo largo de su vida será tanto su empeño por conocer el cielo que, en 1777, Marcin Poczobutt, director del Observatorio Real en Wilno, descubrirá una rara constelación que nombrará Ciołek, en honor al blasón de los Poniatowski.

«Estudien», pide a los jóvenes. «Lo que nos diferencia de los animales es que sacamos conclusiones. Reflexionen, comuníquense, escriban, encomiéndense a la Virgen de Częstochowa, aprendan a cuidarse unos a otros, enamórense, ámense, abrácese, también yo los voy a abrazar...».

Al subir al trono, Stanisław insistió: «Quiero que mi secretario particular sea suizo».

El primer ministro del rey de Dinamarca le recomienda a Maurice Glayre, huérfano desde los siete años, modesto, formado en teología en la Academia de Lausanne.

«Este es mi hombre», piensa Poniatowski en cuanto lo conoce.

El suizo lo previene:

—Dígnese instruirme, no sé nada de lo que necesitaría saber.

—Yo me encargo. —Se emociona Stanisław porque su instinto le dice que Glayre es un tesoro.

Como teólogo, rechaza a cualquier dios y su influencia en el rey es providencial. También inspira confianza a ministros y embajadores por su pensamiento libre de prejuicios. «Glayre todo lo vuelve inteligible. Es él quien viajará a San Petersburgo a defender la causa de Polonia ante la emperatriz».

—¿Tendré enemigos mortales, Glayre?

—Claro, Majestad, y los peores son su familia.

—Lo sé, Glayre, estoy expuesto a los conflictos más absurdos. Unos recién casados me pidieron que fuera juez de sus disputas maritales. «¡Tengan piedad de mí!», les imploré.

—Majestad, la nobleza obliga. Ser rey es convertirse en padre de la nación.

—Paso de decisiones que ponen en juego mi reino a las reyertas de mis súbditos, mi querido Glayre. Es increíble pensar que quienes me causan los mayores conflictos se digan mis amigos.

El sonido de las botas militares de papá se remonta a una noche de 1940. Mi hermana y yo bajamos corriendo a abrazarlo. Todavía hoy, esos pasos resuenan en mi memoria y resonarán durante el resto de mi vida como si «La Marsellesa» irrumpiera en el Clos Baudoin, en Vouvray, con el vidrio de sus ventanas pintado de azul para que los *spitfires* alemanes no nos bombardeen.

En Vouvray, los Poniatowski cultivaron hileras de viñedos que descendían hasta las márgenes del Loira. De una cava oscura y enmohecida, Rachel, la portera, llevaba a la mesa botellas de un vino blanco que hacía chasquear la lengua de los catadores.

A los cuatro hermanos Poniatowski les tocaba su cosecha. Stanisław, el mayor, era el primero en escoger, luego André, Casimiro y finalmente Johnny (como le decían todos). Los viñedos eran pocos, pero se daban a querer. Quizá mi hermana y yo probamos el vino alguna vez, pero no recuerdo ni a qué sabe.

Mi peor recuerdo en Vouvray no es el de los bombardeos, sino el brazo prensado de mi hermana Sofía en la puerta de hierro de la entrada al Clos Baudoin. Por alguna razón, su accidente me marcó para toda la vida. Más tarde habrían de sucederle cosas mucho peores, pero, durante años, su bracito sucesivamente verde, amarillo y morado fue el primero en la lista de mis ruegos al Niño Jesús.

El mejor recuerdo de Vouvray es la visita que le hicimos a Francis Poulenc, quien se sentó al piano y, después de tocarla, nos regaló la partitura de una «Petite valse

pour mes gentilles voisines de Touraine». La memoricé en México, pero no la toco porque ni piano tengo. Mi nieto Andrés la conserva y cuando lo escucho, refrendo mi amor por Poulenc. También quise a Satie, a Georges Auric. Y claro, a Debussy, a quien mi abuelo invitaba a la rue Berton, en París, o a Mallarmé, de quien también fue amigo.

La visita en Touraine a Francis Poulenc me marcó y escucho con emoción su concierto para órgano «La plus que lente». De Debussy conservo una fotografía en sepia. Recargado en una puerta de la sala de la rue Berton, se ve solitario y triste. Años más tarde, al verla, Guillermo Haro comentaría: «Habría yo sido más feliz de saber tocar un instrumento».

Todos los ríos del mundo nos esperaban en la colonia Cuauhtémoc en la Ciudad de México. Las aguas del Sena con las del Guadalquivir, las del Tíber con las del Rin. Haendel nos maravilló. Una tarde, mi hermana Sofía bailó sin música en la pequeña calle de Guadiana y los huéspedes del Hotel María Cristina salieron a aplaudirle.

Tía Carito sabía ver a través de los demás. Ni mamá ni yo tuvimos ese don. Bastaba con que alguien fuera amable con nosotras para creerle. Mi hermana es más lúcida, pero yo caí hasta el fondo del pozo y nunca he dejado de caer.

Cuando regresé del Convento del Sagrado Corazón en Eden Hall, Pensilvania, dos autobuses mexicanos me hicieron feliz: uno rojo, el Colonia del Valle-Coyoacán, y otro verde, el Mariscal Sucre. Su conductor me alentaba: «Suba, güerita». San Juan de Letrán (que creí santo y no avenida) era un río humano, un trajín imparable de viandantes y secretarias, licenciados de saco y corbata

y vendedores de lotería: «Cómprémelo, güerita, para que se vaya a Uropa aunque no me lleve».

Caminar por Madero y Bolívar me daba la certeza del amor de los demás; venían hacia mí en sentido contrario con su rostro abierto, sonreían o me cedían el paso. *Güerita*. Creía en su cariño, puesto que yo estaba dispuesta a amarlos hasta la hora de mi muerte. Si me hubieran preguntado quién era Madero o Bolívar habría contestado: «Son calles que me hicieron feliz».

«Pero, ¿de dónde sacan ustedes estos ángeles?», pregunta Fernando Benítez a José Luis Martínez en la Librería Porrúa, en la esquina del paseo de la Reforma y Bucareli. A partir del momento en que se entera de que formo parte del diario *Novedades*, Benítez vocifera: «Angelito, tienes que subir de categoría; para eso está el suplemento *México en la Cultura*». «Angelito, angelito, entrevista a Alfonso Reyes». «Angelito, vete a ver a Luis Barragán».

Su cubículo de *México en la Cultura* en el tercer piso del periódico es una fiesta, los visitantes ríen, sonríen, bailan, se abrazan, todos son genios de la talla de Orozco, de Rivera, de Carlos Obregón Santacilia, quien recogió en el Monumento a la Revolución a Lázaro Cárdenas, Plutarco Elías Calles, Francisco I. Madero, Venustiano Carranza y Pancho Villa. El suplemento cultural es una central de energía, aunque *Novedades* sea una empresa de pocos vuelos. El gerente, Fernando Canales, protege a Benítez contra los dueños del periódico, para quienes la cultura es un sobrante que los papeleros insertan dentro del diario. Benítez aconseja a Canales: «Compra dos paisajes del Dr. Atl, hermanito, compra a Orozco, compra a María Izquierdo... yo te voy diciendo, hermanito».

José Luis Cuevas envía todas las semanas a la redacción de *El Universal*, *Excélsior*, *Novedades*, *The News*, *Zócalo* y algún otro su autorretrato y la bitácora de sus triunfos y gana el Premio Internacional de Dibujo de São Paulo. Benítez y Fuentes se derriten ante este vocero de sí mismo, quien en 1967 trepa a una azotea a colocar un mural efímero con su retrato (casi solo pinta autorretratos) en la Zona Rosa. La Generación de la Ruptura es avalada por Octavio Paz, recién llegado de la embajada de México en París, y los actores y escritores de Poesía en Voz Alta triunfan en el escenario de la Universidad, gracias a Jaime García Terrés.

El Niño, como llama Benítez a Cuevas, escribe con letras negras: «¡Ruptura con el pasado! Los Tres Grandes son panfletarios, su propaganda es de quinta, ya ni en la Unión Soviética; vamos a borrarlos del Palacio Nacional».

«¡Oh, genio inconmensurable!», saluda Benítez a Carlos Fuentes y a *La región más transparente* recién publicada por el Fondo de Cultura Económica. Si el México de los Tres Grandes rugió en la Revolución, Cuevas va a demolerlos de un solo trazo. Fuentes escribirá cómo un émulo de Emiliano Zapata se transformó en banquero.

Gabriel Figueroa filma las nubes de México, también inmortaliza a María Félix cuando parpadea y sus ojos llenan de asombro la pantalla. La voz de un trío de músicos que canta «Malagueña salerosa» convertirá esa secuencia fotográfica en la más bella del cine nacional.

De *superstar* de Hollywood, Dolores del Río llega a Xochimilco: es una indita de trenzas que abraza

alcatraces arrodillada en una chalupa. Mi tía Bichette la vio probarse vestidos de Schiaparelli en París y se extasió ante los tres triángulos velludos perfectos de su cuerpo, dos bajo sus axilas y uno entre las piernas.

Divinos.

Ver, en el Festival de Cannes, las nubes de México sobre el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl maravilla a los críticos de cine de Europa y a los bañistas en la playa de Cannes.

Años más tarde, leeré consternada en *El Universal* que Pedro Armendáriz, el Lorenzo Rafael de calzón de manta, se suicidó el 18 de junio de 1963 a los 51 años, con una Colt Magnum.³⁵⁷ Más intrigada que triste, preguntaré cómo pudo meter un arma a un hospital de Los Ángeles.

«Porque es mexicano», responde Ricardo del Río, subdirector del periódico *Novedades*, tan aficionado al fútbol que su grito «¡Gooooool!» retumba en los muros del edificio en la calle Balderas, que antes fue una inmensa alberca: la YMCA.

«¡Doña Sol y doña Elvira, todo el Siglo de Oro me visita!», recibe Benítez a Sol Arguedas y a Elvira Gascón. A veces abre los brazos y corre a su encuentro, otras, se arrodilla frente a ellas. Lola Álvarez Bravo es una de las *blue ladies* y entrega sus negativos más azules que su cabello blanco. Don Lino abre las puertas de su elevador a dos amplios sombreros que salen volando: el de Alma Reed y el de Rosario Sansores.

A quien más querré es a don Lino.

«Angelito, angelito, ¿por qué calzas zapatos de plan quinquenal? ¿Stalin no te permite enseñar tus dedos del pie?», inquiere Benítez. Machila Armida usa sandalias

de tiras enjoadas para ir a comer al Lincoln, en la calle Luis Moya. (También los políticos escogen ese restaurante porque sus gabinetes —llamados «caballerizas»— propician negocios y abrazos del jefe con la taquígrafa).

Sin más, Machila pone sus pies sobre el escritorio D. M. Nacional del director de *México en la Cultura*. «¡Nadie tiene lo que tú tienes, Machila, tus pies son una obra de arte!», se inclina Benítez a besarlos y Vicente Rojo se pone del color de su apellido.

Todo lo que hace el director de *México en la Cultura* se convierte en obra de teatro, cuyo primer acto se renueva cada jueves ante un público admirativo. Cuando le preguntan a Benítez por qué trae paraguas si el sol resplandece, responde desdeñoso: «Es solo para subrayar mi elegancia».